

ra decir cuanto en ella se agitaba como ella lo sentía, sin impetrar el beneplácito de señoriales tradiciones. La Gabriela Mistral que oyó el Continente Americano con asombro está aquí en esta sección de su libro. En las demás flamea un singular talento literario, no ya el genio, que había quemado las ataduras que le ligaban a la tierra, y como el liberado Ariel de la *Tempestad*, a otra esfera habíase remontado para no volver sino al tardío conjuro de sus recuerdos.

Aura de inspiración se cierne sobre toda la obra, si bien es desigual. Y cuando ella falta no puede planear a buena altura. La inspirada careció de refinamiento artístico, y, en este sentido, la Mistral es continuadora de las voluspas setentrionales, de las sibilas de la vieja Italia y de las pitonisas de Helas. Siente, penetra, intuye, adivina, habla rítmicamente, a ratos obscuramente, quizás cuando la inspiración es más honda o terrible. Mas si no viene coronada de mántica yedra ni lleva en sus manos el nártex, sus poemas no son los de aquella Gabriela evocadora del embrujado mundo medioeval que se dilata por los confines de su *Dolor*.

Parecía, o habría podido parecer, que todo estaba dicho respecto del corazón humano; que cuanto nos podría ocurrir era situar almas humanas enfrente de diversos horizontes o en más apasionados climas. Pero se yergue esta mujer con la obsesión de la muerte y se hace de carne, ante nuestros ojos, un estado de conciencia característico de la Edad Media.

Hundir sus dedos en la ceniza de la tumba para santiguarse la frente, tal fué su diaria devoción cuando la atormentaba el genio de su dolor. La fuerza de su genio—en las horas más lúcidas de su inspiración—la compelió a medioevalizar cuanto caía dentro de la esfera de su vida. Aquí está la raíz de su macabro realismo—que no adquirió por un exceso de cultura medioeval, sino mediante su educación cristiana de repintada coloración ascética.

La obsesión de la muerte y el remordimiento de conciencia, que es como el resquemor de la venganza, son la esencia de los poemas de *Dolor* en que señorea su genio.

En *Palabras serenas* la poetisa revela que se ha dado cuenta del fin de su inspiración mántica, que el frenesí de la Ménade se ha apaciguado ya:

*Mudemos por el verso sonriente
aquel listado de sangre con hiel.*

Ay! este verso listado de sangre arrancaba de una inspiración fúlgea; era el decirlo la misión de su genio de mujer. Pero ella sintió que no podía continuar toda su existencia hurgando heridas que iba sanando la vida. Sin embargo, ya estaba lanzada en pleno campo de las letras. Ahora el esfuerzo es evidente. Es casi el mismo vocabulario; pero aquí las lágrimas tienen menos sal, la sangre menos color, menos crucifixión la cruz y menos terror la muerte. Hay en ese vaso como una leve trizadura que

amortiguó la melodía de su cristal. Aquella voz, única en el Continente, por su timbre, por la intensidad de la emoción, asumió los tonos de otras voces reminiscentes. La unicidad cesó de ser. Como la fuente de Aretusa se escondió en la sombra de la tierra. ¡Que nos fuese dado verla surgir algún otro día con su cantar antiguo, con los ricos minerales de otras y más hondas vetas exploradas en el misterio de la vida! Aunque quién sabe si cada uno de nosotros ha venido al mundo para trazar un solo signo o pronunciar una sola voz en el vasto drama del mundo en movimiento! Pero es bien moderar este afán de no vivir agradecidos por lo que el instante genial nos da, y no exijamos que se vacíe todo el Océano en las solitarias conchas que madreperlan las playas.

2. Si tratase de explicarme la estructura interna de su realismo, hartamente aparente en las más de las poesías de Gabriela, partiría de los poemas contenidos en *Dolor*, donde el realismo es de tan virtuosa magia que nos lleva de las alas el pensamiento a los campos ennochecidos de misterio donde las hechiceras solían espigar sus empoñadas flores, o a los osarios fosforescentes donde aquéllas disputaban a hienas y chacales los humanos ingredientes de tesálicos filtros durante toda aquella titilante aurora que fué la Edad Media. De allí saldría en busca de los poemas donde ese realismo ha perdido su pristina virtud mágica, preservando, sin embargo, alguno que otro luminoso efluvio de una radioactividad inducida, para venir a amortiguarse en las composiciones que son labor de inteligencia más que de inspiración o de emoción, como la primera con que se abre el volumen.

Y como su genio se alzó del seno de un amor, vuelto un puñado de cenizas las visiones de la muerte en bandada se percharon en sus poemas.

En Gabriela, como en muchos otros seres, dormitaba el genio. Un amor desdichado, por obra de su imaginación, o por mano del infortunio,—que es evidente heraldo de sabiduría—subiósele a la cámara recóndita de la vida, y allí despertó a su genio. A mano halló atesoradas, como en museo de antigüedades, las reliquias medioevales que a su contacto se animaron. Las había guardado allí las oraciones de su niñez, las lecturas hogareñas de sobriedad ascética, la *Imitación de Cristo*, los viejos devocionarios donde, como en la *Leyenda Dorada*, florecen las espinas, esplenden clavos y lanzas, azulean los azotes, desgajan las cruces y con elocuencia de sangre hablan de un infinito amor las llagas. Allí estaban, además, los quebrantos, las heridas, los cilicios, los tormentos, huesos y cenizas, y lágrimas y polvo, los martirios y las lágrimas. Y con este sencillito horror creó la Mistral toda su obra de genio, y dando transparencia a su carne dejó al descubierto su apasionada alma de mujer.

No es copioso el caudal de su pensa-

miento, el enjambre de sus palabras en breve colmena sabe alojarse, mas, electrizadas por el fuego inspirado adquieren una cierta potestad de hechizo: emoción e ideas parecen surgir de estas nuevas combinaciones de vocablos vivos. Tampoco es abundante la variedad de sus temas. Pero ha encontrado acordes que son suyos dentro de los temas eternos de la Poesía: el amor y la muerte, los panoramas de la naturaleza y los amados fantasmas de la memoria, los éxtasis—que son las fugas de la prisión del Ahora en que se suele vivir hacia el mundo que en secreto adoramos o con que soñamos.

El ascetismo—intelectual más que emotivo—de su adolescencia y de su primera juventud le permitió trasvinar a pleno siglo veinte aquel macabro realismo de la Edad Media que se deleitó en la contemplación angustiada de la muerte.

Ella ve las carnes en gajos abiertos, las venas vaciadas en ríos, dedos desgranados como las mieses, roces de cilicio, amasijo de sangre y lágrimas, tribulaciones, angustias, vestidos de llagas, rosas sangrientas.

Este mortal realismo medioeval permitió acusar ese su cogente relieve de *Dolor* que la enlaza a los escritores y pintores españoles de la gran tradición siglodorada. Como aquí:

*Si te vas y mueres lejos,
tendrás la mano ahuecada
diez años bajo tierra
para recibir mis lágrimas,
sintiendo como te tiemblan
las carnes atribuladas,
¡hasta que te espolvoreen
mis huesos sobre la cara!*

donde el realismo culmina en hechiceresca fantasía, al modo de un Arcipreste acorbachado o de una milagrosa Celestina.

A las veces su realismo ascético trasmite un humor oloroso a pesimismo, por falta de una espiritualidad profunda nacida de una visión interna. Lo que en las horas de su *Dolor* gritó desesperada, no a pesimismo, a desesperación suena. El tósigo que se trasvierte de su vaso de arcilla tiene todo el acre sabor humano, pero le agracia la fragancia que su genio ha derramado en él. En otras secciones de su libro la desesperación edulcorada se transforma en pesimismo. Al acto de creación no fué invitado el genio.

Mas su realismo es de clásica cepa española. Me inclino a creer que le germinó temprano en la vida, al sol y al riego de sus oraciones. ¿Acaso no viste austera bayeta en Luis de Granada? ¿No arde acaso con cilicial eficacia en Santa Teresa? Pues de la misma estrofa es el martirizante corpiño que vistió el alma de esta mujer durante el período de su *Dolor*, que fué el de su genial inspiración. Lazarillo, Rinconete, Celestina y la Lozana, seguidos de las humildes criaturas de Velázquez, se nos vienen a los ojos al cruzar junto a nosotros la romería de mistralianas estrofas, que portan, como las canéforas de Eleusis,